

ser desechados, sin embargo, residiría en que desempeñan un papel fundamental en la creación del pasado en tanto “without *nenia*, there is no divide between living and dead, past and present; there is no ancestor to be emulated, no need for a state to transmit the *mos maiorum* from one generation to the next, because there are in effect no *maiores*” (pp. 246-247).

Para finalizar, aunque H. hace pocas concesiones a los lectores no avezados en teorías diversas, cuya referencia interrumpe en ocasiones el hilo de la argumentación, su metodología ecléctica resulta, en términos generales, irreprochable. Combina de manera consistente un detallado examen filológico de los términos con los aportes de diferentes campos científicos, haciendo de ellos un uso funcional e irreverente, adecuado a sus propósitos, sin mostrarse compelido a aceptarlos en su totalidad. El resultado final –una presentación de los temas provocativa y estimulante– vuelve recomendable la lectura de este libro para todo aquel que esté interesado en la sociedad y en la cultura romanas, no tanto por las respuestas que ofrece como por las preguntas que abre y por las nuevas líneas de investigación que sugiere.

SOLEDAD CORREA (UNR)
soledad.correa@yahoo.com.ar

STRATTON, K. (2007) *Naming the Witch: Magic, Ideology, and stereotype in the Ancient World*. New York: Columbia University Press, xviii + 289 pp. ISBN 978-0-231-13836-9.

En este libro, basado en su tesis de doctorado, Stratton estudia el funcionamiento de la magia y la brujería como estereotipos en la antigüedad occidental, más precisamente en cuatro períodos históricos y culturas diferentes: la Atenas clásica, la primera Roma

imperial, el Cristianismo previo a Constantino y el Judaísmo rabínico. La autora entiende el fenómeno de la magia como una forma de discurso, “i. e., a constellation of ideas, practices and institutions” (pág. x), que funciona de maneras diferentes dependiendo del contexto social. Dicho discurso –sostiene– tuvo su origen en la Atenas del siglo V a. C., luego de las Guerras Médicas, como parte de la construcción de una imagen del Otro (un Otro no griego, incivilizado, peligroso) que sirvió a la clase dominante para reclamar y mantener su poder, y que perduró a lo largo de los siglos como una estrategia de marginalización.

En el primer capítulo, “Magic, Discourse, and Ideology” (1-38), Stratton ofrece una breve historia de la investigación académica sobre la magia y los distintos debates que se originaron a su alrededor, y enfrenta la problemática de su definición. En función de su particular enfoque del fenómeno, la autora se basa en la noción de *discurso* de M. Foucault, y lo considera un objeto de saber socialmente construido y como una práctica que confiere y regula poder.

A continuación, presenta el plan del libro y dedica un pequeño apartado a un tema del que se ocupará recurrentemente en su obra: la asociación de las mujeres con la brujería. En la parte última define cuidadosamente la terminología técnica de la que hará uso, por un lado, y la utilizada en la antigüedad en referencia a la magia, en griego, latín y hebreo, por el otro.

La obra continúa luego con cuatro capítulos dedicados a cada una de las culturas mencionadas más arriba, que constituyeron el escenario de diferentes representaciones de la magia y la brujería.¹

¹ Stratton selecciona estos períodos históricos y culturas por su riqueza en dichas representaciones, la relativa facilidad con que pueden ser delineados temporalmente y por tratarse de momentos que considera como puntos de inflexión en cada una de las civilizaciones, en los cuales la concepción de autoridad, su uso y definición son desafiados o redefinidos (20).

El primero de estos capítulos, “Barbarians, Magic, and Construction of the Other in Athens” (39-69), postula el surgimiento de la magia como un discurso de alteridad en el marco de la Grecia clásica. Luego de la victoria en Salamina, la democracia junto con determinados valores e ideales asociados a ella comienzan a ocupar un papel central en la constitución de la identidad cívica ateniense, a la vez que se trazan los contornos de un estereotipo que servirá de contraste: el de los persas, y los bárbaros en general, asociados a la tiranía, un afeminamiento decadente, la crueldad y el caos (40). Como parte de este discurso sobre los bárbaros nace el de la magia: en esa misma época comenzaban a expandirse ciertas prácticas rituales provenientes de la Mesopotamia que fueron percibidas como transgresoras y peligrosas y fueron identificadas con la figura del *magos* persa. La autora analiza principalmente la tragedia (*Bacchae*, *Medea*, *Trachiniae*), donde –observa– la brujería es un arma utilizada generalmente por mujeres que, impulsadas por los celos, transgreden los roles de género para defender su lugar. Asociada con la actitud sexual activa en una mujer y con sus empeños por reducir las libertades sexuales del hombre, es presentada allí como una amenaza al honor masculino. Este poder subversivo y amenazante que adopta en la tragedia se vincula con una preocupación en la esfera pública en torno al comportamiento femenino (especialmente el sexual), que luego de las leyes de ciudadanía de Pericles comenzó a ser un centro de atención, en tanto también de la mujer dependían los derechos de ciudadanía del hombre.²

En el contexto de la ideología ateniense, entonces, la brujería femenina se combinó con las nociones de religión bárbara (*má-*

² Siguiendo a S. Ortner (“Introduction: Accounting for sexual meanings”, en S. B. Ortner & H. Whitehead (eds.), *Sexual Meanings: The Cultural Construction of Gender and Sexuality*, Cambridge, 1981, pp. 1-27), Stratton opina que las sociedades en las cuales el status de los hombres depende de las mujeres son en general las mismas que tienden a atribuirles poderes de corrupción y peligro.

geia), engaño (*manganeía*), charlatanería (*goeteía*) y maldiciones (*katadesmoi*), produciendo un potente discurso de alteridad que caracterizaba todo lo que se opusiera a la religiosidad ateniense y el autocontrol masculino. Este discurso, afirma Stratton, para el siglo IV funcionaba ya como un dispositivo de marginación establecido. El mundo Helenístico lo heredó y lo adaptó a las exigencias sociales e ideológicas de su tiempo.

Stratton estudia la evolución del discurso de la magia en el mundo romano en el capítulo 3, "*Mascula Libido: Women, Sex, and Magic in Roman Rhetoric and Ideology*" (71-105). En la literatura romana, a diferencia de la griega, la magia es representada generalmente como agresiva, no defensiva: hacia el siglo I d. C., la bruja depredadora, lujuriosa y violenta se torna una figura corriente. Según la autora, una inquietud de larga data en la clase dirigente en relación con la independencia social y económica, e incluso el poder, de algunas mujeres –factores que eran percibidos como una amenaza para el control masculino de la *domus* y la sociedad misma–, traducida en un discurso moral que denunciaba la licencia sexual y la inmoralidad femenina, se combinó con la ideología política augustal³ y consolidó –tanto en representaciones literarias como en acusaciones políticas– el discurso de la magia. Éste aparentemente había sido introducido en la cultura romana hacia el siglo II a.C., a partir de fuentes helenísticas. El discurso de la "wicked woman", como la llama Stratton (72), se combina pues durante el período imperial con el de la bruja para formar un poderoso estereotipo que constituye la exacta antítesis del ideal femenino promovido por Augusto, una eficaz estrategia de deslegitimación, una nueva arma política. La autora ve un claro ejemplo del uso del discurso mágico en la invectiva y la propa-

³ Producto de la cual son las leyes del matrimonio y del adulterio, enfocadas en la libertad sexual de la mujer.

ganda políticas en el caso de Cleopatra, que trata muy brevemente. Entre los autores que Stratton analiza en esta sección se encuentran Cicerón, Virgilio, Livio, Horacio, Propertio, Tibulo, Ovidio, Séneca, Lucano, Tácito, Juvenal y Apuleyo.

El capítulo siguiente, “My Miracle, Your Magic: Heresy, Authority, and Early Christianities” (107-41) se centra en los primeros tiempos del cristianismo (siglos I y II), en que –según Stratton– el de la magia era el discurso de alteridad por excelencia, utilizado tanto para socavar los antiguos cultos de Grecia y Roma,⁴ como para marginalizar a ciertos grupos dentro del cristianismo cuyas prácticas se pretendía desprestigiar. En paralelo con el discurso de los milagros, que legitimaba el poder divino de ciertos individuos, funcionaba el de la magia, que desacreditaba el de otros, y que con el tiempo se fusionó con un discurso similar: el de la herejía.

La autora examina el uso del discurso de la magia en el marco de las luchas de poder entre diferentes grupos religiosos, para luego adentrarse en la cuestión del género. Stratton señala como peculiar en las acusaciones de magia durante este período el hecho de que, por lo general, estaban dirigidas contra hombres, mientras que las mujeres eran vistas como sus víctimas, seducidas y convertidas por ellos a cultos heréticos. La mujer, en esta representación, no tiene ningún posible acceso al poder: es el sexo débil; su cuerpo está presente solamente para comunicar ideas sobre la legitimidad y la autoridad del hombre. Esto se debe, afirma la autora, al status marginal del cristianismo en el Imperio previo a Constantino. En efecto, cuando se convierte en religión dominante, la mujer vuelve a ser objeto del ataque de autores cristianos, y aparece nuevamente la figura de la mujer hechicera.

Stratton fundamenta sus disertaciones con citas de autores

⁴ Revirtiendo una acusación que anteriormente había caído sobre los mismos cristianos.

como Apuleyo, Filóstrato, Orígenes, Justino, Tertuliano, Mateo, Juan, Lucas e Ireneo.

El último capítulo, "Caution in the Kosher Kitchen: Magic, Identity, and Authority in Rabbinic Literature" (143-76) explora la cultura del Judaísmo rabínico. La autora postula allí que el Talmud Babilónico (Bavli) presenta una ambivalencia esencial en cuanto a la definición de la magia que ofrece: según el contexto, puede significar un poder divino legítimo o una fuerza peligrosa y subversiva. Esta ambigüedad puede rastrearse, según ella, en diferentes estratos de redacción del texto. Así, con diversas citas muestra que, en algunos casos, los rabinos son presentados como magos consumados que utilizan su conocimiento como protección contra ataques de hechiceros hostiles, y en otros pasajes se revela un rechazo a la magia, a la vez que son ponderadas la abstinencia, la austeridad y los actos de devoción religiosa como fuentes de poder y prestigio. Esta visión negativa considera a la magia una práctica transgresora y antisocial que marca al Otro – generalmente representado con una figura femenina– como una amenaza a los rabinos y a la comunidad toda.

Stratton atribuye estas dos actitudes opuestas al contexto social y a diferentes influencias culturales y concepciones de poder y autoridad. La actitud negativa, sugiere, refleja el contexto social helenístico de los sabios palestinos. En cambio, la valoración positiva de la magia se vincula con la cultura de la Babilonia sasánida, en la que los *magoi* tuvieron gran influencia, y con el zoroastrismo.

Por otra parte, la autora analiza la relación que se establece en las narrativas rabínicas entre la praxis mágica y la preparación de la comida, ambas asociadas al mundo femenino. Observa que en una cultura donde se había otorgado a la comida un fuerte valor ideológico y un lugar importante en la definición de la identidad, aquélla fue percibida como un lugar desde el cual podía surgir una amenaza a la autoridad de los rabinos. Asimismo,

sostiene que este potencial peligro atribuido a la actividad de cocinar, primariamente femenina, puede ser una expresión metafórica de un afán por controlar la sexualidad de las mujeres, detrás del cual se esconde un apremio por conservar la autoridad y las fronteras sociales.

Stratton le dedica un breve epílogo al tema del género en la magia: "Some Thoughts on Gender, Magic, and Stereotyping" (177-80). Allí, principalmente, se dedica a formular una síntesis de lo visto en los capítulos anteriores. "As we have seen –concluye– stereotypes of witches and sorcerers emerged in the ancient world as foils in the struggle to legitimate power and authority. (...) This book has tried to uncover that stereotyping process (...)."

Este volumen presenta asimismo una rica sección de notas (181-245), una bibliografía completa y actualizada (247-75) y un índice de nombres y temas (277-89).

Naming the Witch es un libro que se destaca entre otros de la misma disciplina por el original enfoque que ofrece del fenómeno de la magia en la antigüedad; su vinculación con líneas de análisis como el género, el discurso, el estereotipo y las luchas de poder arroja nueva luz sobre el tema. Se distingue asimismo por sus innovadoras propuestas y su excelente argumentación. Constituye sin dudas un aporte sustancial tanto en el estudio de la antigüedad en general, como en el de la magia y la religión antiguas en particular y es, por tanto, sumamente recomendable.

SARA PAULIN (UBA)
medea@fibertel.com.ar